

CAPÍTULO VIII

DE LA GRAN VICTORIA QUE EL VALEROSO
DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS
IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO,
CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELIZ RECUERDO

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y nada más verlos don Quijote, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear: mira allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con los que pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas. Con sus despojos comenzaremos a hacernos ricos, que esta es una guerra justa, y es un gran servicio a Dios quitar tan mala simiente de la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?

—Aquellos que ves allí, con los brazos largos, que algunos los suelen tener de casi dos leguas.

—Miré vuestra merced que aquellos que se ven allí no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas por el viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien se ve que no estás cursado en esto de las aventuras. Ellos son gigantes. Y si tienes miedo, quítate de ahí y empieza a rezar, mientras yo entro con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, metió las espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que le daba su escudero Sancho advirtiéndole que aquellos que iba a acometer eran molinos de viento sin duda alguna, y no gigantes. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni era capaz de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo a voces:

—¡Non fuyáis, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!

Se levantó en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, visto lo cual por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y diciendo esto, encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea y pidiéndole que le socorriese en tal trance, bien cubierto de su rodela y con la lanza en el ristre, arremetió a galope tendido con Rocinante y embistió al primer molino que estaba delante; y al darle una lanzada en el aspa, la revolvió el viento con tanta furia, que hizo pedazos la lanza, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerlo, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento? Eso sólo lo puede ignorar quien lleva otros parecidos en la cabeza.

—Calla, Sancho amigo, que las cosas de la guerra están sujetas más que otras a continua mudanza. Y además yo pienso, y esa es la verdad, que aquel mago Frestón que me robó el aposento y los libros ha convertido estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su derrota: tal es la enemistad que me tiene. Pero al final poco han de poder sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—¡Dios lo haga!, que puede —respondió Sancho Panza.

Y ayudándolo a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que estaba medio descoyuntado.

Y hablando de aquella aventura siguieron el camino de Puerto Lápice, porque decía don Quijote que no era posible que dejaran de encontrar allí muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy transitado. Pero iba muy pesaroso, por haberse quedado sin lanza, y así se lo dijo a su escudero:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, a quien se le rompió la espada en una batalla, desgajó de una encina una pesada rama, y con ella hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y tanto él como sus descendientes se llaman desde aquel día Vargas y Machuca. Te digo esto porque de la primera encina o roble que se me presente pienso desgajar otra rama, tal y tan buena como me imagino era aquella; y pienso hacer con ella tales hazañas, que tú te tendrás por muy afortunado de

haber merecido venir a verlas y ser testigo de cosas que apenas podrían ser creídas.

—Que sea lo que Dios quiera. Yo lo creo todo tal como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es, y si no me quejo del dolor, es porque no está permitido a los caballeros andantes quejarse de ninguna herida, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, yo no tengo que replicar —respondió Sancho—; pero Dios sabe cuánto me gustaría que vuestra merced se quejara cuando le doliera alguna cosa. De mí sé decir que he de quejarme del más pequeño dolor que tenga, si eso de no quejarse no se aplica también a los escuderos de los caballeros andantes.

No dejó de reírse don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le manifestó que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin ganas o con ellas, que hasta el momento no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Le dijo Sancho que advirtiese que era hora de comer. Le respondió su amo que de momento no le hacía falta, que comiese él cuando se le antojase.

Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que había puesto en ellas, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy a sus anchas, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le hubiese envidiado el más regalado bodegonero de Málaga. Y mientras él iba de aquella manera menudeando tragos, no se acordaba de ninguna promesa que le hubiese hecho su amo, ni le parecía ningún trabajo, sino mucho descanso, andar buscando aventuras, por peligrosas que fuesen.

Al final, pasaron aquella noche entre unos árboles, y de uno de ellos desgajó don Quijote una rama seca que casi le podía servir de lanza, y puso en ella el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en los bosques y despoblados, entretenidos con los recuerdos de sus señoras.

No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de achicoria, la durmió toda de un tirón, y de no haber-

le llamado su amo, no habrían bastado para despertarlo los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente saludaban la venida del nuevo día. Al levantarse le dio un tiento a la bota, y la halló algo más flaca que la noche antes, y su falta le afligió el corazón, por parecerle que no levaban camino de remediarla demasiado pronto. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosos recuerdos. Tornaron a su comenzado camino de Puerto Lápice, y a eso de las tres de la tarde lo descubrieron. Al verlo, dijo don Quijote:

—Aquí podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Pero advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no debes poner mano a tu espada para defenderme, a menos que veas que los que me ofenden son canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Desde luego, señor, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y además, yo lo que soy de verdad es pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es cierto que en lo que toca a defender mi persona no tendré en mucha cuenta esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiera agraviarlo.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estos coloquios, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que las mulas en que venían no eran más pequeñas. Traían sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detrás de ellos venía un coche, con cuatro o cinco a caballo que lo acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. Los frailes no venían con ella, aunque iban en el mismo camino; pero apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí se ven deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada a alguna princesa en aquel coche, y será menester deshacer este entuerto con todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de algunos viajeros. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea que el diablo le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, que sabes poco en materia de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y acercándose hasta donde le pareció que le podrían oír lo que dijese, dijo en voz alta:

—¡Gente endiablada y descomunal, dejad inmediatamente a las altas princesas que lleváis a la fuerza en ese coche! Si no, preparaos para recibir presta muerte, por justo castigo a vuestras malas obras.

Tiraron los frailes de las riendas, y quedaron admirados tanto de la figura de don Quijote como de sus palabras.

—Señor caballero —dijeron—, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que hacemos nuestro camino, y no sabemos si en ese coche vienen o no ningunas princesas forzadas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla —dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante, y con la lanza baja arremetió contra el primer fraile, con tanta furia y desnudo, que si el fraile no se deja caer de la mula, él le habría hecho venir al suelo a su pesar, y aun malherido, si acaso no muerto. El segundo religioso, que vio el modo en que trataban a su compañero, metió los talones en el castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campiña más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose con ligereza de su asno, arremetió contra él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y le preguntaron por qué lo desnudaba. Les respondió Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que don Qui-

jote estaba ya apartado de allí hablando con las que iban en el coche, arremetieron contra Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, lo molieron a coces y lo dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y sin detenerse un momento, volvió a montar el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que le estaba aguardando a un buen trecho de allí, esperando a ver en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el final de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciendo más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en gana, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y para que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso y que os presentéis de mi parte ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía lo escuchaba un escudero de los que acompañaban al coche, un vizcaíno, quien al ver que no quería dejar seguir adelante al coche, sino que decía que tenía que dar inmediatamente la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote, y asiéndolo de la lanza le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, de esta manera:

—¡Andá caballero, que mal andes! Por el Dios que criome, que si no dejas coche, tan te mato como tú estás ahí y yo soy vizcaíno.

Le entendió muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero, cosa que no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, inicua criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua verás que pronto al gato lloras! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, ¡y mientes que mira si otra dices cosa!

—Ahora lo veredes, dijo Agrajes —respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza al suelo, sacó su espada, embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así lo vio venir, aunque hubiera querido apearse de la mula (que, por ser de las malas de alquiler, no se fiaba de ella), no pudo hacer otra cosa que sacar su espada; pero tuvo la suerte de hallarse junto al coche, de donde pudo tomar un cojín, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quería ponerlos en paz, pero no pudieron, porque decía el vizcaíno con sus mal trabadas palabras que si no le dejaban acabar su batalla, él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, ordenó al cochero que se desviase un poco de allí, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el transcurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, de habérsela dado sin defensa, lo hubiese abierto hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortunado golpe, puso el grito en el cielo:

—¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la hermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto y el apretar la espada y el cubrirse bien de su rodela y el arremeter al vizcaíno fue todo a un tiempo, con la determinación de aventurarlo todo a un solo golpe.

El vizcaíno, que lo vio venir contra él, dedujo por su desnudo su coraje, y decidió hacer lo mismo que don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto con su cojín, sin conseguir que la mula se diese la vuelta ni a un lado ni al otro, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto, decidido a abrirlo por la mitad, y el vizcaíno lo aguardaba, también levantada la espada y protegido con su cojín, y todos los presentes estaban temerosos y suspensos de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas hacían mil promesas y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, para que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero lo malo de todo esto está en que en este punto y término el autor de esta historia deja pendiente esta batalla, disculpándose que no halló escrito de estas hazañas de don Quijote más que las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco cuidadosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que tratasen de este famoso caballero. Y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el final de esta apacible historia. Final que, al serle el cielo favorable, halló del modo que se contará en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IX

DONDE SE CONCLUYE Y DA FIN A LA ESTUPENDA
BATALLA QUE MANTUVIERON EL GALLARDO VIZCAÍNO
Y EL VALIENTE MANCHEGO

Dejamos en la primera parte de esta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas en alto y desnudas, en actitud de descargar dos furibundos tajos, tales que, si se acertaban de lleno, se dividirían y tajarían como poco de arriba abajo y abrirían como una granada. Y en aquel punto tan incierto se paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor de dónde se podría hallar lo que faltaba de ella.

Me causó esto mucha pesadumbre, porque el gusto de lo poco leído se volvía en disgusto al pensar el mal cariz que tomaban las cosas para hallar lo mucho que faltaba a mi parecer de tan sabroso cuento. Me pareció cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún mago que se ocupara de escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras,

porque cada uno de ellos tenía uno o dos magos a medida, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y detalles, por más escondidos que estuviesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que le sobró a Platir y a otros parecidos. Y así, no

podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, que, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado algunos tan recientes como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, tampoco su historia debía de ser muy antigua y que, aunque no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus fustas y palafrenes y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle: que como no fuese algún follón, o algún villano de hacha y capellina, o algún descomunal gigante el que las forzara, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, y sin haber dormido ni un solo día bajo techado, se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mi no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el azar y la fortuna no me hubiesen ayudado, el mundo se quedaría falto y sin el pasatiempo y gusto que podrá tener durante casi dos horas el que la lea con atención. Pasó, pues, que la hallé de esta manera:

Estaba yo un día en el alcañá de Toledo, y llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y lo vi con caracteres que conocí eran arábigos. Y como, pese a conocerlos, no los sabía leer, anduve mirando si aparecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque no hubiera buscado incluso de otra lengua más clásica y antigua lo habría hallado. En fin, la suerte me deparó uno que, al decirle mi

deseo y ponerle el libro en las manos, lo abrió por la mitad, y leyendo un poco en él, se empezó a reír.

Le pregunté yo de qué se reía, y me respondió que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen como anotación. Le dije que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo para salar puercos mejor mano que ninguna otra mujer de toda la Mancha».

Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspeso, porque al punto se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le metí prisa para que leyese el principio, y haciéndolo así, traduciendo sobre la marcha del arábigo al castellano, dijo que decía: «Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo». Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, saltándome al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él hubiese tenido más perspicacia y sabido lo que yo los deseaba, se habría podido prometer y llevar más de seis reales de la compra. Me aparté después con el morisco al claustro de la catedral, y le rogué me tradujese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, a lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Se contentó con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió traducirlos bien y fielmente y con mucha presteza. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no perder de vista tan buen hallazgo, lo traje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primer cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que cuenta la historia, levantadas las espadas, el uno cubriéndose con su rodela, el otro con el cojín, y la mula del vizcaíno tan a lo vivo, que estaba mostrando a tiro de ballesta que era de alquiler. Tenía escrito al pie el vizcaíno un rótulo que decía «Don Sancho de Azpetia», que sin duda debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía «Don Quijote». Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado

y fino, con tanto espinazo, tan tísico confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta justeza y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, por lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres lo llama algunas veces la historia. Había algunas otras menudencias que advertir, pero todas son de poca importancia, y no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, porque ninguna es mala siendo verdadera.

Si a esta se le puede poner alguna objeción acerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido arábigo su autor, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan enemigos nuestros, antes se puede entender que ha quedado en ella de menos que de más. Y así me lo parece a mí, pues cuando habría podido y debido extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que las pasa en silencio adrede: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y en absoluto parciales, sin que el interés o el miedo, el rencor o la amistad les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de los hechos, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acierte a desear en la más apacible. Y si algo bueno faltase en ella, tengo para mí que fue por culpa de un autor tan petro, antes que por falta de materia. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba de esta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al mar: tal era el denuedo y aspecto que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno, y lo dio con tanta fuerza y tanta furia, que de no habersele desviado la espada en el camino, aquel solo golpe habría sido bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas lo tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino

gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello se vino al suelo con espantosa ruina, dejándolo muy maltrecho.

¡Válgame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose tratar de aquella manera! No se diga más, sino que primero se alzó sobre los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, descargó con tal furia sobre el vizcaíno, que le acertó de lleno en el cojín y en la cabeza, y no obstante tan buena defensa, fue como si cayera sobre él una montaña, y comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde hubiera caído sin duda si no se le hubiese abrazado al cuello; pero, aun así, sacó los pies de los estribos y al punto soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y tras unos corcovos dio con su dueño en tierra.

Lo estaba mirando don Quijote con mucho sosiego, y en cuanto lo vio caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó a él; y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, y que si no, le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y lo habría pasado mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces habían mirado la pendencia con gran desmayo, no hubiesen ido adonde estaba y le hubiesen pedido con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel escudero suyo. A lo cual don Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

—Por supuesto, hermosas señoras. Con sumo gusto haré lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y acuerdo: y es que este caballero me ha de prometer ir al pueblo del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que más fuere de su voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin considerar lo que don Quijote pedía ni preguntar quién era Dulcinea, le prometió que el escudero haría todo aquello que le fuese mandado de su parte.

—Pues fiado de esa palabra yo no le haré más daño, aunque bien merecido me tenía yo el hacérselo.

CAPÍTULO X

DE LOS COLOQUIOS QUE TUVIERON LUGAR
ENTRE DON QUIJOTE Y SU ESCUDERO SANCHO PANZA

Ya para entonces se había levantado Sancho Panza, algo maltratado por los mozos de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón tuviese a bien darle la victoria y que en ella ganase alguna ínsula de la que le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia, que su amo volvía a subir a Rocinante, se llegó a sostenerle el estribo, y antes de que subiese, se le hincó de rodillas, y asiéndolo de la mano, se la besó, y le dijo:

—Tenga vuestra merced a bien, mi señor don Quijote, darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

—Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las semejanzas a esta no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, o una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más todavía.

Se lo agradeció mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó a subir a Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso ligero, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí al lado estaba. Le seguía Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fue forzoso dar voces a su amo para que le esperase. Así lo hizo don Quijote, teniendo de las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, que en cuanto llegó le dijo:

—Me parece, señor, que sería acertado irnos a buscar asilo en una iglesia, pues según quedó maltrecho aquel con quien os comatisteis, no sería raro que dieran noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendieran; y desde luego que si lo hacen, antes de salir de la cárcel nos van a sudar las uñas.

—Calla —dijo don Quijote—. ¿Y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que cometiese?

—Yo no sé nada de *homecillos*, ni en mi vida le eché la vista a ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en eso otro no me entrometo.

—Pues no tengas pena, amigo, que yo te sacaré de manos de los caldeos, y con más razón de las de la Hermandad. Pero dime, por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? ¿Has leído en historias de otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir o más maña en el derribar?

—La verdad es que yo no he leído ninguna historia jamás, porque no sé leer ni escribir. Pero lo que osaré apostar es que a más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que cure, que le cae mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo vendas y un poco de unguento blanco en las alforjas.

—Todo eso saldría sobrando si me hubiese acordado de llenar una redoma del bálsamo de Fierabrás, que sólo con una gota se ahorrarían tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese?

—Es un bálsamo del que tengo la receta en la memoria, y con el que no hay que tener temor a la muerte, ni hay que pensar morir de herida alguna. Y así, cuando yo lo haga y te lo dé, no tienes más que hacer sino que, cuando veas que en alguna batalla me han partido en dos por la mitad del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, la parte del cuerpo que caiga al suelo, y antes que la sangre se coagule, la pondrás bonitamente y con mucha sutileza sobre la otra mitad que quede en la silla, advirtiéndole que encaje perfectamente y con exactitud. Luego me darás a beber dos tragos sólo del bálsamo que he dicho, y me verás quedar más sano que una manzana.

—Si eso es verdad, yo renuncio desde ahora al gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza más de dos reales en cualquier parte, y no necesitaré yo más para pasar esta

vida honrada y descansadamente. Aunque conviene saber ahora si tiene mucho costo el hacerlo.

—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres.

—¿Pecador de mí!, ¿pues a qué aguarda vuestra merced para hacerlo y enseñármelo?

—Calla, amigo, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas vendas y unguento. Pero, cuando don Quijote descubrió rota su celada, estuvo a punto de perder el juicio, y, puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo:

—¡Yo hago juramento por el Creador de todas las cosas y por los santos cuatro Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el gran marqués de Mantua cuando juró vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan a manteles, ni con su mujer yacer, ni otras cosas, que, aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que me ha hecho este desaguisado!

—Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien, Sancho, así que anulo el juramento en lo que toca a tomar de él nueva venganza. ¡Pero lo hago y lo confirmo de nuevo en hacer la vida que he dicho hasta que no quite por la fuerza a algún caballero otra celada tal y tan buena como esta! Y no pienses que hago esto a humo de pajas, que bien tengo a quien imitar en ello: esto mismo pasó, al pie de la letra, con el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó a Satripanante.

—Mande al infierno vuestra merced tales juramentos, señor mío, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia, y dígame ahora: si acaso no topamos en muchos días a ningún hombre armado con celada, ¿qué vamos a hacer? ¿Se ha de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconvenientes e incomodidades, como será el dormir vestido, el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenía el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua que vuestra merced quiere re-

validar ahora? Mire bien vuestra merced que por ninguno de estos caminos andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, sino que quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.

—En eso te engañas, porque en cuanto llevemos dos horas por estas encrucijadas, vamos a ver más armados que los que vinieron sobre Albraca a la conquista de Angélica la Bella.

—Ojalá sea así, y quiera Dios que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.

—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando falte una ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más te deberías alegrar sabiendo que están en tierra firme. Pero dejemos esto para mejor ocasión, y mira si traes algo de comer en esas alforjas, para ir pronto en busca de algún castillo donde alojarnos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque te juro por Dios que me está doliendo mucho la oreja.

—Aquí traigo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos de pan, pero son manjares que desmerecen de tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes! Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y si comen, que sea de aquello que hallen más a mano. Y tendrías esto por cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era por casualidad y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban a dos velas. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque de hecho eran hombres como nosotros, se ha de entender también que andando la mayor parte del tiempo de su vida por florestas y despoblados, y sin cocinero, su comida más corriente sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te acongoje lo que a mí me da gusto, ni quieras tú cambiar el mundo, ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced, que como yo no sé leer ni escribir, como antes he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la pro-

fesión caballeresca; y de aquí en adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

—No digo yo, Sancho, que sea forzoso a los caballeros andantes no comer otra cosa que esas frutas que dices, sino que su más común sustento debía de ser de ellas, y de algunas hierbas que hablaban por los campos, que ellos conocían y yo también conozco.

—Es una suerte conocer esas hierbas, que, por lo que yo me voy imaginando, algún día será menester usar de ese conocimiento.

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero, deseosos de buscar donde alojarse aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subieron luego a caballo y se dieron prisa por llegar a poblado antes que anocheciese; pero les faltó el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto a unas chozas de unos cabreiros, y así, decidieron pasarla allí. Y cuanto fue pesadumbre para Sancho por no llegar a poblado fue contento para su amo por dormir a cielo descubierto y parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto manifiesto que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ
A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS

Fue acogido por los cabreros con buen ánimo, y habiendo acomodado Sancho lo mejor que pudo a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que estaban hirviendo al fuego en un caldero. Y aunque él hubiese querido en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron a toda prisa su rústica mesa y convidaron a los dos con lo que tenían, con muestras de muy buena voluntad.

Se sentaron a la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que había en la majada, habiendo rogado primero con rústicas ceremonias a don Quijote que se sentase sobre una artesa que le pusieron vuelta del revés. Se sentó don Quijote, y se quedaba Sancho de pie para servirle la copa, que estaba hecha de un cuerno. Al verlo de pie su amo, le dijo:

—Para que veas, Sancho, el bien que encierra en sí la caballería andante y qué cerca están de ser en breve tiempo estimados y honrados del mundo los que en cualquier ministerio de ella se ejercitan, quiero que te sientes aquí a mi lado y en compañía de esta buena gente, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebo, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que se dice del amor: que iguala todas las cosas.

—¡Gran merced! —dijo Sancho—; pero tengo que decir a vuestra merced que como yo tenga bien de comer, tan bien y mejor me lo como de pie y a mis anchas que sentado junto a un emperador. Y aun, a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso masticar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad

traen consigo. Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser servidor y adjunto a la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más utilidad y provecho; que a estas, aunque las doy por bien recibidas, renuncio desde aquí hasta el fin del mundo.

—Con todo y con eso, te has de sentar, porque a quien se humilla, Dios lo ensalza.

Y asíéndolo por el brazo, lo forzó a que se sentase junto a él.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar a sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajos como puños. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y pusieron al lado un medio queso, más duro que si estuviese hecho de argamasa. No estaba, a todo esto, ocioso el cuerno, porque como cangilón de noria andaba a la redonda tan a menudo, ya lleno, ya vacío, que con facilidad vació uno de los dos pellejos de vino que estaban a la vista. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó su voz en este soliloquio:

—¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos a los que los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que tanto se estima en esta nuestra edad de hierro, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que vivían en ella ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. En aquella santa edad eran comunes todas las cosas: para alcanzar su diario sustento, a nadie le era necesario tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarlo de las robustas encinas, que generosamente los estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, les ofrecían sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los corpulentos alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sustentadas sobre rústicas estacas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amis-

tad, todo concordia: la pesada reja del corvo arado aún no se había atrevido a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra madre tierra; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, con sus trenzas o el cabello al aire, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, de encarecida púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda, sino de algunas hojas verdes entretejidas de lampazos y yedra, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se manifestaban simple y sencillamente los conceptos amorosos del alma del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para embellecerlos. Fraude, engaño y malicia no se habían mezclado con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que ahora tanto la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje o del amaño aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, solas y señeras por doquier, sin temor a que las menoscabasen la ajena desenvoltura y lascivo intento, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y encierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo del vil celestinaje, se les entra la amorosa pestilencia y las hace dar al traste con todo su recogimiento. Y para su seguridad, al andar más los tiempos y crecer más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, con el fin de defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, y os agradezco el agasajo y buena acogida que me hacéis a mí y a mi escudero. Que aunque por ley natural todos los que viven están obligados a favorecer a los caballeros andantes, sin embargo, por saber que me acogisteis y agasajasteis sin saber vosotros esta obli-

gación, es razón que con la voluntad a mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien evitar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trajeron a la memoria la edad dorada, y se le antojó hacer aquel inútil discurso a los cabreros, que, sin responderle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo pellejo, que, para que se enfriase el vino, lo tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que lo agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; es un zagal muy entendido y muy enamorado, y además sabe leer y escribir y toca el rabel, que no se puede pedir más.

Apenas había acabado el cabrero de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que lo tañía, que era un mozo muy agradable de unos veintidós años. Le preguntaron sus compañeros si había cenado, y al responder que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—En ese caso, Antonio, bien podrás darnos el gusto de cantar un poco, para que este señor huésped que tenemos vea que también por los montes y bosques hay quien sabe de música. Le hemos oído tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y vea que son verdad; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso tu tío el cura, que en el pueblo ha parecido tan bien.

—Con mucho gusto —respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar se sentó en el tronco de una deshojada encina, y templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo de esta manera:

—Yo sé, Olalla, que me adoras,
aunque no me lo hayas dicho
ni con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Pues no ignoro que lo sabes,
en que me quieres me afirmo;
que nunca fue desdichado
amor que fue conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma
y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido,
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser como imagino.

Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo a tus ojos
quise mostrarme pulido.

Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto
que has escuchado a deshoras
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho;

que, aunque verdaderas, me hacen
ser por algunas mal visto.

Teresa del Berrocal,
al alabarte, me dijo:
«Hay quien cree que adora a un ángel,
y viene a adorar a un simio;
merced a los muchos dijés
y a los cabellos postizos,
y a hipócritas hermosuras,
que engañan al Amor mismo».

La desmentí y se enojó;
salió en su favor su primo:
me desafió, y ya sabes
lo que yo hice y él hizo.

No te quiero al buen tuntún,
ni te pretendo y te sirvo
para hacerte barragana,
que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia
que tienen de seda el hilo;
acerca tu cuello al yugo,
verás cómo pongo el mío.

Y si no, desde aquí juro,
por el santo más bendito,
que no saldré de estas sierras
sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto. Y aunque don Quijote le rogó que cantase algo más, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones, y así, dijo a su amo:

—Bien puede vuestra merced acomodarse ya donde vaya a reposar esta noche, que el trabajo que tienen estos buenos hombres todo el día no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho, que se me trasluce muy bien que las bestias al pellejo piden más recompensa de sueño que de música.

—A todos nos sabe bien, bendito sea Dios.

—No lo niego, pero acomódate tú donde quieras, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo,

estaría bien, Sancho, que me volvieras a curar esta oreja, que me está doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondría remedio con que se sanase fácilmente. Y tomando algunas hojas de romero, del mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no era menester otra medicina, y así fue en verdad.

CAPÍTULO XII

DE LO QUE CONTÓ UN CABRERO
A LOS QUE ESTABAN CON DON QUIJOTE

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traían de la aldea las provisiones, y dijo:

—¿Sabéis lo que ha pasado en el pueblo, compañeros?

—¿Cómo lo podemos saber? —respondió uno de ellos.

—Pues sabed que esta mañana ha muerto aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores por aquella endiablada moza, la hija de Guillermo el rico, esa que anda vestida de pastora por esos andurriales.

—Te refieres a Marcela —dijo uno.

—Esa digo; y lo bueno es que mandó en su testamento que lo enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que fuese al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama y él dicen que lo dijo, aquel lugar es donde él la vio por primera vez. Y también mandó otras cosas tales, que los curas del pueblo dicen que no se deben cumplir ni está bien que se cumplan, porque parecen de paganos. A todo lo cual aquel gran amigo suyo Ambrosio, el estudiante, que también se vistió de pastor con él, ha respondido que se ha de cumplir todo, sin falta nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; pero, según se dice, finalmente se hará lo que quieren Ambrosio y todos sus amigos los pastores, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Tengo para mí que será cosa muy digna de ver; al menos yo no dejaré de ir a verla, aunque no sepa si podré volver mañana al pueblo.

—Todos haremos lo mismo —respondieron los cabreros—, y echaremos a suertes quién se queda guardando las cabras.

—Bien dicho, Pedro —dijo uno—, pero no será menester usar esa diligencia, yo me quedaré; y no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mía, sino a que no me deja andar la estaca que el otro me traspasó este pie.

—Te lo agradecemos de igual modo —respondió Pedro.